



Luis de Oteyza (1883-1961)

La obra poética de Luis de Oteyza, iniciada en 1903 con *Flores de almendro* y continuada en 1905 y 1908 con *Brumas y Baladas*, toma como elementos centrales los impulsos modernistas de Rubén Darío, que tanto habían calado en el campo literario español de la época. De ese momento es «El caballero de la dicha», publicado en 1909 en el diario *El imparcial*, que relata algunos aspectos de la vida de un caballero andante medieval, desde un punto de vista un tanto alegórico, lo que, junto con la ausencia de referencias concretas, aleja a la composición de la realidad material del medievo. Es el lector, en este sentido, quien se siente imbuido por una atmósfera medieval. De forma similar sucede en «Flores místicas», publicado en 1920 en el diario *La libertad*, puesto que lo único vinculable es la ubicación del poema en el sombrío patio de una vieja abadía. Translucen, en estos versos, algunos detalles decadentes, así como una voluntad de fijación en los pequeños detalles (como la delicadeza de las flores); características que bien podríamos relacionar con la obra poética de cierto Antonio Machado, de Juan Ramón Jiménez y, evidentemente, de Valle-Inclán.

El caballero de la dicha¹³⁸

Por las encantadas selvas misteriosas,¹³⁹
donde del ensueño florecen las rosas,
sigue de la vida la senda ondulante
un noble mancebo de porte arrogante,
bizarro jinete, gallardo y gentil.
–Amanece el día y sonrío Abril–.

Al veloz galope de corcel ligero,
buscando la Dicha, corre el caballero.

138. No hemos encontrado referencias al Caballero de la Dicha en obras anteriores. Es, muy probablemente, una invención de Luis de Oteyza, a imitación de los títulos que ostentaban los caballeros andantes medievales.

139. Hasta cierto punto, podemos ver en este verso una intertextualidad con el inicio de la *Divina comedia* de Dante: «A mitad del camino de la vida, / en una selva oscura me encontraba / porque mi ruta había extraviado» (Alighieri, 2015: 82).

De su airón altivo blancas son las plumas
como de ilusiones nevadas espumas;
blancos los reflejos de su arnés de plata
que las blancas luces del alba retrata;
y blanco su escudo donde per blasón,
orlado de lirios, lleva un corazón.

Al veloz galope de corcel ligero,
buscando la Dicha, corre el caballero.

Llega por la senda que ante él se deslíe,
al rincón florido en donde sonríe,
turbada la virgen. La brisa las lomas
acaricia suave. Se unen las palomas
con el tierno arrullo de su amor triunfal
y da la madrépora su aroma nupcial.

Al veloz galope de corcel ligero,
buscando la Dicha, corre el caballero.

Del áspero monte escala la cumbre,
que nimba el Sol de oro con su regia lumbre.
La cumbre altanera en que la Victoria
otorga el perenne laurel de la Gloria.
La Tierra humillada contempla a sus pies,
como alzado sobre inmenso pavés.

Al veloz galope de corcel ligero,
buscando la Dicha, Corre el caballero.

Mansión de deleites encuentra a su paso.
El Placer, brindando, levanta su vaso.
Agita su sistro la rubia bacante,
Fue la Alegría su risa vibrante.
Y en orgía loca con su loco ardor,
triumfantes los goces, vencen al Dolor.

Al veloz galope de corcel ligero,
buscando la Dicha, corre el caballero.

En gruta, recóndita, de viejas hornillas
a las vacilantes llamas amarillas,
ve, en el negro muro, las cifras arcanas
sintaxis de todas las ciencias humanas.
Su fuerza gigante allí da el Saber
el Poder del número, el Magno Poder.

Al veloz galope de corcel ligero,
buscando la Dicha, corre el caballero.

El Sol a su lecho de nubes se inclina.
La senda se pierde entre la neblina,
del triste crepúsculo. En la desolada
planicie del yermo, estéril y helada,
la trémula frase de renunciación
alza el cenobita, con mística unción.

Al veloz galope de corcel ligero,
buscando la Dicha, corre el caballero.

Es la noche eterna, oscura y silente;
solo, en lontananza, la piedad luciente
de un rayo de luna, con pausa y misterio,
llega entre las sombras hasta el cementerio.
Y sobre las losas que ampara la Cruz,
canta, compasiva, un Réquiem su luz.

Al veloz galope de corcel ligero,
buscando la Dicha, corre el caballero

(Versos de los veinte años, 1923;
extraído del original en *El imparcial*, 18-X-1909, año XLII, núm. 15305, p. 9)

Flores místicas

En el patio sombrío
de la vieja abadía
hay flores.

En el patio,
por donde las novicias
pasean en silencio,
con las manos unidas,
el mirar abatido
y los labios sin risas.
Hay castas azucenas,
blancos y puros lirios,
fúnebres siemprevivas,
violetas melancólicas,
rosas descoloridas,
nardos dolientes...

Flores
de belleza exquisita;
pero tristes, tan tristes
como las pobres niñas
que pasan junto a ellas
sin levantar la vista,
con las manos cruzadas
y los labios sin risas.
Es cruel el destino
de esas flores...

Un día
morirán sin que aspiren
sus fragancias dulcísimas;
sin que besen sus pétalos,
ansiosos de caricias;
sin bañarse en la copa
del placer.

En la orgia,
no adornarán el lecho
de amorosas delicias,
no escucharán los cantos
a la diosa Afrodita,
ni del gozar supremo
roncos gritos...

Marchitas
caerán sus pobres hojas
ante la faz sombría
de algún austero santo,
cuando el órgano gima
los cantos religiosos
de cadencias tristísimas
y den los blancos cirios
sus luces amarillas.

Por el patio sombrío
de la vieja abadía,
contemplando estas flores
pasean las novicias,
tristes y silenciosas,
con las manos unidas,
el mirar abatido
y los labios sin risas.

¡Hay flores en el patio
de la vieja abadía!

(*Versos de los veinte años*, 1923;
extraído del original en *La libertad*, 5-II-1920, año II, núm. 53)